

DEPORTES

sin bajar del autobús
Juan Tallón

Pérdida de tiempo

El fútbol admite tantas variables diferentes que no jugar forma parte de sus secretos. Hay que dominarlo

En cualquier partido de fútbol casi siempre se alcanza un umbral, hacia el final, en el que una parte de los espectadores se vuelve irritada hacia el reloj y resopla malhumorada. No soporta que el rival, con el resultado a favor, se empeñe en no jugar. Pero lo cierto es que hacerlo podría acarrearle disgustos de última hora. Se impone pisotear los segundos uno a uno, como a cucarachas, hasta que no quede ni uno y el árbitro pite el final. Los jugadores se dejan caer, se duelen sin dolor, alejan la pelota, buscan las esquinas, ralentizan los saques de portería, se retiran lentamente cuando los sustituyen... El fútbol abarca un universo tan complejo y rico de matices que incluye el antifútbol. Cogér un minuto y reducirlo a una bola de papel que se lanza al cubo de la basura no deja de ser una forma de desarmar al contrincante, para el que esas pequeñas pérdidas de tiempo se vuelven desesperantes.

Hablamos de una triquiñuela que no sólo vale para el fútbol, faltaría más. Hacer que el tiempo transcurra sin más, y que entretanto

no ocurra nada reseñable, es un invento viejísimo, con defensores y detractores. Recuerdo un bar en León en cuya puerta el dueño había colgado un cartel que decía: "Si no tiene nada que hacer, no lo venga a hacer aquí. Gracias". Partidario de la gente de acción, a menudo cerraba con llave para que no molestase a los clientes que estaban dentro haciendo con el tiempo algo de provecho.

Y sin embargo existen pérdidas de tiempo bellísimas, como la que se produjo durante un Italia-Inglaterra jugado en Turín en 1947. Ganaban los ingleses cuando Stanley Matthews recibió el balón en la banda y, para que corriese el reloj sin que pasase nada, se dirigió al córner ni muy despacio, ni muy deprisa. Al llegar, pisó la pelota y se acicaló. Primero se frotó las manos contra el pantalón, y después sacó un peine y se arregló el pelo, con cierta falta de interés por el fútbol. Matthews sostendría siempre que en realidad no había usado un peine; simplemente se atusó el cabello con la mano, pues estaba un

poco despeinado. En cambio, los espectadores que había en esa parte del estadio, asegurarían haber visto el peine. Peine o no, el extremo inglés perdió el tiempo, como pretendía, sin renunciar a la elegancia.

El fútbol admite tantas variables que no jugar forma parte de sus secretos; no está de más dominarlos. Despreciarlos, como si representasen algo sucio, sería de incautos. Después de todo, muchas tardes la táctica depende de la hora que sea. No se debe jugar al fútbol sin reloj. Ciertos entrenadores, conscientes de la debilidad de su equipo, se pasan el partido preguntando qué hora es para saber si ha llegado el momento de empezar a hacer aviones de papel con el tiempo. Recuerdan a esos niños que viajan en el asiento de atrás preguntando cada cinco minutos: "¿Ya llegamos?". Hacen bien en intentar no jugar demasiado. ¿Quién les asegura que si se lo ponen fácil a los rivales, y los dejan jugar, estos no intentarán marcar gol en el último minuto?

para leer



La constancia del corredor

PEDRO ZUAZUA
Cuando se sale a correr por las mañanas, al poco de despertarse, hay unos momentos de zozobra en los que la cama parece tirar del deportista hacia el sueño. La felicidad de encontrarse debajo del edredón contrasta con lo que está por llegar: el ejercicio físico y la intemperie. Hay que tener mucha fuerza de voluntad para alejarse de los brazos de Morfeo y ponerse en marcha. Superado el trance de calzarse las zapatillas, la catarsis llega al romper a sudar. Ha vuelto a merecer la pena.

La constancia, la determinación y la permanente presencia de un objetivo son tres de los pilares en los que los atletas profesionales basan sus carreras. Cualidades necesarias para afrontar las largas y, en muchos casos, solitarias, jornadas de entrenamiento. El abogado y escritor estadounidense John L. Parker traslada a *El corredor* (Capitán Swing), su experiencia como atleta universitario a través del personaje de Quenton Cassidy, un corredor de media distancia.

La novela relata la exigencia que rodea a los corredores de élite, así como la presencia constante de un objetivo: en este caso el recorrer una milla, prueba que fue muy popular en los años cincuenta y sesenta, en menos de cuatro minutos. Un recuerdo de un tiempo en el que ver a gente corriendo por las aceras no se había convertido en tendencia

el que apaga la luz Óscar Sanz



Morata y Benzema, tras el gol del francés ante el Legia el miércoles. / LESZEK SZYMANSKI (EFE)

¿Benzema o Morata? Será broma, ¿no?

Ocurre cada domingo a la hora del aperitivo, ¿o es la del desayuno?, cuando el buen aficionado al fútbol se encuentra de sopetón con un partido de la Liga española en su televisor. Aseguran algunos expertos en este deporte, y en husos horarios, que la del mediodía es una magnífica franja de tiempo para animar al mercado asiático, por lo que uno se imagina a China paralizada en la contemplación de, pongamos, un partido entre el Real Madrid y el Leganes. Seguro que el avispado hincha de aquellas tierras cayó ayer en la cuenta de que en el equipo de Zidane faltaba uno de sus futbolistas clave, Benzema, aquejado de unas imprevistas dolencias. En su lugar acudió al auxilio del equipo blanco Morata. Siendo de sumo interés esta información, no quedaría reflejada en estas líneas si no fuera porque en los últimos tiempos se ha alimentado respecto al Madrid un debate que no es sino una tropelía: el que confronta a uno y otro, a Benzema y Morata, exigiendo algunos que Zidane apueste de una vez por el segundo y sacrifique al primero. Lo dicho: un sinsentido.

Desde que llegó a Madrid, hace ya ocho años, Benzema ha unido a sus dotes futbolísticas la condición, supuesta, de *primus inter pares*, prohiendo como estaba, y está, por el mismísimo presidente del club, Florentino Pérez. Eso se decía (y se dice) para justificar que entrenador tras entrenador tengan el nulo criterio de alinearle hoy sí y mañana también. Para destacar la relación que su presunto padrino, en el sentido más familiar de la palabra, tiene con él, se llegó una vez al extremo de significar que el señor Pérez, de habitual sosegado en los palcos de esos campos de Dios, se levantó de su asiento en Lyon para aplaudir un gol de aquel que no es sino la niña de sus ojos. "Florentino Pérez celebra un gol de Benzema", se destacaba en titulares, válgame el cielo como es este Florentino, mira que celebrar un gol del Madrid... Con el tiempo, el presidente logró jun-

tar en la delantera del equipo, amén de a sus dos hijos predilectos, Benzema y Cristiano, a Bale. Y ocurrió que entrenador tras entrenador tuvieron el nulo criterio de alinearlos a los tres juntos hoy sí y mañana también, con el levantamiento en armas de los siempre preclaros defensores de las esencias futbolísticas, que no es posible, aseguraban, que los tres a la vez no pueden jugar, que no defienden, que son incompatibles. Desde que las tres luces que iluminan la existencia del señor Pérez se juntaron en la delantera del equipo, el Madrid no ha ganado más que dos Copas de Europa, tanta leche con la BBC.

Hace meses, quien sobraba era Bale. Hoy, con el galés convertido en el futbolista más determinante del equipo a izquierda, derecha, de frente y de perfil, le toca a Benzema. Ocurre que este, además de ser un extraordinario jugador, es único, distinto, indetectable, el que pone la pausa y el sentido común cuando en el Madrid ruge la marabunta. Sin embargo, a la plantilla ha vuelto Morata, fantástico jugador, de la casa además, adorado por el Bernabéu. Y que siempre responde. Y ahí nos lanzamos pues los analistas a desmenuzar cada acción de cada partido. Y descubrimos que los números de Morata son estupendos, como no podía ser de otra manera. Ayer no jugó Benzema, lo hizo Morata, y el Madrid ganó gracias a Bale, que es como ya gana casi siempre, mientras Cristiano recuperaba aquel papel de colegial que regaña a sus compañeros en el patio porque no se la pasan. Morata jugó y firmó un gran gol, lo que sin duda va en desdoro de Benzema. Y lo hizo tras pasarse el partido caído en el césped preguntándose, junto a miles de aficionados asiáticos, cómo puede ser que en el fútbol haya dos reglamentos, los que aplican todos los árbitros del mundo y el de Mateu Lahoz. Luego nos extrañará que en China no penetre la afición a este deporte. Les engañan.

la agenda

MIÉRCOLES 9

FÚTBOL
Amistoso. Holanda-Bélgica (20.45, beIN Sports).

JUEVES 10

BALONCESTO
Euroliga. Barcelona-Zalgiris (21.00, Movistar + Deportes).

VIERNES 11

FÚTBOL
Clasificación Europeo sub-21. Austria-España (18.30, Cuatro). Clasificación Mundial 2018. Francia-Suecia (20.45, Movistar +). Inglaterra-Escocia (20.45, Movistar +).

BALONCESTO
Euroliga. CSKA Moscú-Real Madrid (18.30, Movistar + Deportes). Baskonia-Fenerbahçe (21.00, Movistar + Deportes).

PATINAJE SOBRE HIELO

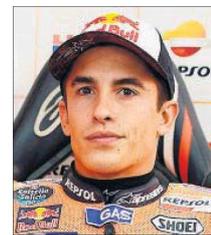
Trofeo de Francia, prueba del Grand Prix, con Javier Fernández (Hasta el sábado 12, Eurosport/TDP).

SÁBADO 12

FÚTBOL
Clasificación Mundial 2018. España-Macedonia (20.45, TVE1). Croacia-Islandia (18.00, Movistar +). **BALONCESTO**
Liga Endesa. UCAM Murcia -Barcelona Lassa (18.30, Movistar + Deportes) Rio Natura Monbus Obradoiro-Herbalife Gran Canaria (20.00, Movistar + Deportes).

DOMINGO 13

MOTOCICLISMO
Gran Premio de la Comunidad Valenciana (Movistar MotoGP). Moto3 (11.00), Moto2 (12.20), MotoGP (14.00).



FÓRMULA 1

Gran Premio de Brasil (17.00, Movistar F1).

BALONCESTO

Liga Endesa. Zaragoza-Montakit Fuenlabrada (12.30). Unicaja Málaga-Dominion Bilbao (12.30). Real Madrid-Iberostar Tenerife (12.30). Valencia Basket-Baskonia (18.30). Estudiantes-Juventus (18.30). Manresa-Andorra (19.00). Todos en Movistar+ Deportes.